

HOMILIA en la Consagración de la Diócesis al Sagrado Corazón de Jesús
29 junio 2019. Catedral de Cádiz

Queridos hermanos todos, sacerdotes y seminaristas, religiosos y religiosas, movimientos y asociaciones, cofradías, cuantos habéis venidos desde las parroquias más lejanas:

Jesús es nuestro Pastor que nos dice: “Venid a mi, los cansados y agobiados, y yo os confortaré” (Mt 11,28). Hemos oídos su voz y estamos aquí. Hoy queremos consagrarnos al Sagrado Corazón de Jesús, nosotros y, con nosotros, toda la diócesis, con ocasión del centenario de la Consagración de España hace cien años. Ahora estamos aquí otras personas, otra generación, pero unidos también en su corazón que nos sigue amando infinitamente, después de habernos preparado intensamente con momentos de meditación y reflexión, triduos y adoración, con verdadero interés y cariño, pues conocemos la intensidad de su amor que nos abraza y remedia nuestra pobreza.

El corazón es el símbolo del amor, y, puesto que Cristo tuvo un amor perfecto, su corazón es para nosotros el perfecto símbolo del amor, que está saturado de amor perfecto al Padre y a toda la humanidad, a cada persona concreta; “es el símbolo por excelencia de la misericordia de Dios, pero no es un símbolo imaginario, es un símbolo real, que representa el centro, la fuente de la que ha brotado la salvación para la entera humanidad” (Francisco, 3 junio 2013). El Corazón de Jesús nos pone ante un “misterio imprescindible” de la fe (Pio XII, HA 62), el misterio del Amor eterno de Dios que nos salva, el amor infinito de Dios, que es la quintaescencia del evangelio y del plan de salvación de Dios, Símbolo de la fe cristiana, compendio del Evangelio y catecismo de la fe (cf. Benedicto XVI; cf. 01,06, 2008). Estamos ante la humanidad del corazón de Jesús, quien nos “amó con corazón de hombre” para que percibamos todo su amor. Por eso nuestra religión es la religión del amor. Vivir del amor de Cristo nos llena de esperanza y afecto, nos hace libres y nos enseña a ser solidarios, serviciales, con una mirada universal.

Presentémonos, pues, ante Cristo, que es el Corazón de la Misericordia del Padre. Este corazón del Buen Pastor divino del que nos habla el Evangelio no es cualquier devoción. Es un corazón paciente que nos ama, que busca a la oveja perdida, que nos perdona, que nos conoce y acoge siempre. Es un corazón que acompaña, que mira, que lucha, que llora, que salva, que muestra su herida, un corazón siempre solidario con las heridas de los demás. Un corazón que sana y en cuyas cicatrices están todas nuestras cicatrices del cuerpo y del alma. Es el corazón de Cristo, corazón de misericordia, el único que puede saciar nuestra sed de vida y felicidad.

“Tanto amó Dios al mundo que entregó por él a su Hijo único” (Jn 3,16). Dios, que “es amor” (1 Jn), se enamoró de nosotros y nos eligió (cf. Dt 7, 6-11), y por puro amor nos libró, nos rescató. El amor de Dios por nosotros se ha expresado de modo eminente en Cristo Jesús que “me amó y se entregó por mí”, como recuerda San Pablo (Ga 2, 20). Jesús, que se ha hecho vulnerable hasta morir por mí, habla a nuestro corazón, al centro de nuestra persona, para decirnos: “Te amé con amor eterno”, no temas, déjate amar. Ciertamente, “sólo se puede ser cristiano dirigiendo la mirada a la Cruz de Nuestro

Redentor, a quien traspasaron (Jn 19,37; cf. Zac 12,1)” (Ben XVI, DCE 12), pues Jesús fue traspasado por nuestros pecados y para nuestra salvación. Como reza el prefacio de la Misa del Sagrado Corazón, Jesús, “elevado sobre la cruz, hizo que de la herida de su costado brotaran, con el agua y la sangre, los sacramentos de la Iglesia: para que así, acercándose al corazón abierto del Salvador, todos puedan beber con gozo de las fuentes de la salvación”. Por ello nos dice: “el que tenga sed que venga a mi y beba; el que cree en mi, de sus entrañas manarán ríos de agua viva” (Jn 7,37s.). Puesto que Dios envió a su Hijo único para que vivamos por medio de El (1Jn), Cristo resucitado, para que resucitemos con El, nos lleva a la fuente de la vida de donde brota el Espíritu y los sacramentos, manantial riquísimo y fecundo para el hombre “cristificado”, transformado por la filiación divina para amar por Cristo, con El y en El. “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Rm 5,5). Corramos, pues, a la fuente de la vida.

El Corazón de Jesús purifica, ilumina y unifica. Cristo murió por nosotros y nos ha reconciliado (Rm 5), “sus heridas nos han curado” (1Pe 2,24). Rechacemos, pues, todo pecado y acerquémonos a la fuente de la misericordia y el perdón, vivamos por amor esta oportunidad de conversión, que es siempre una revolución interior, más allá de las estructuras. Pongamos pues en Él nuestra confianza, amemos al Señor. Que quite de nosotros el corazón de piedra que nos encierra en la intransigencia, el despecho, los prejuicios o los juicios implacables. Que nos conceda ese amor auténtico que sabe reconocer al otro y quererle en su realidad, aceptándole en la verdad. Ser mendigos de su misericordia nos hará expertos en misericordia, consagrados para amar en todas las circunstancias de la vida, reconciliados para vivir en el mundo como instrumentos de reconciliación, no de división.

Debemos corresponder al amor. “Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en el” (cf. 1 Jn). Podemos entrar en el corazón de Cristo, palpar sus sentimientos, sus sufrimientos, su amor. Sabemos que el palpitar de su corazón nos muestra su presencia activa, en la que se puede confiar. Dios hecho hombre acoge lo humano, la persona, el cuerpo. Celebremos el amor y respondamos al amor amando, a ese Amor que tantas veces no es amado. Puesto que “el corazón habla al corazón”, vayamos a la fuente del amor para saciarnos y dejemos que el nos lleve a amar con todas sus consecuencias. Ojalá sepamos amar con su amor y con su estilo de amar, como han hecho los santos, y que vivamos en la Iglesia como hijos de Dios en sintonía con los sentimientos de Cristo que se anonadó, siempre obediente al Padre, y dio su vida por amor. Hemos de reconocer, además, que su amor es muchas veces despreciado y no correspondido, incluso por nosotros mismos, lo cual nos llama a la reparación: hemos de sentirnos también corresponsables de los pecados de nuestro prójimo (¡el que esté libre de pecado que tire la primera piedra!). La reparación es una llamada a ejercer de cireneos, cargando sobre nuestros hombros la cruz del mundo, el dolor de su alejamiento de Dios. Su divino amor ha sido y continúa siendo rechazado, ignorado y despreciado. Que nuestro amor conforte al Señor.

De la espiritualidad del Sagrado Corazón ha brotado siempre un impulso social, el reinado de un amor que transforma la sociedad, acude a los pobres, promueve la justicia, transforma la política, la enseñanza, la sanidad, la comunicación, etc. Que su

corazón nos haga ser levadura en la sociedad asumiendo el compromiso que nos propone la Doctrina Social de la Iglesia, que nos orienta a transformar el mundo con el criterio del evangelio y la fuerza del amor de Cristo, y que se extiende hoy a la defensa de la vida, al compromiso político, a la defensa de los derechos humanos, la atención a los emigrantes, a la comunicación, al cuidado de la creación.

La consagración de la diócesis al Sagrado Corazón de Jesús significa que queremos ponernos bajo la protección del amor de Dios, dejándonos amar y cuidar por Él, y, por tanto, aspirar a una gran fuente de bendiciones, porque el deseo de la providencia de Dios es que entreguemos nuestra vida a su corazón. Es poner en el centro de la diócesis el amor de Dios y pedirle que derrame sus bendiciones para que quienes vivimos hoy aquí y en este tiempo que Dios nos ha regalado vivir, volvamos a mirar a Cristo llenando nuestras vidas, y que sea una fuente de gracia para vivir la fe con fervor, con auténtica caridad y verdadera comunión, en fraternidad. Consagrarse es, como sabéis, hacer cierto pacto con El: nuestra entrega incondicional le compromete con nosotros por sus promesas. De este modo regresamos al Corazón de Dios, para vivir más la caridad, para que Cristo sea nuestro centro, y –cada uno de nosotros- una puerta para que el mundo entre en El y le conozca, un corazón llameante y contagioso, que inflame de vida a los demás, que lleve al Amor Crucificado de quien “me amó y se entregó por mí”.

También nos consagraremos hoy a la Virgen María. El Corazón de Jesús no puede dissociarse del Corazón Inmaculado de María. Ella es la mediadora de todas las gracias de Dios. Ella participa de los secretos del Corazón de su Hijo, asociada a El en la Pasión, estrechamente unida en la obra de la redención. Jesús en la Cruz nos la regaló como Madre y ella, desde entonces, nos lleva a lo profundo de la relación con Dios. Quien albergó en su casa al que es “manso y humilde de corazón” y amó más que nadie al Señor nos enseña a amarle con su propio corazón. Consagrarnos al Inmaculado Corazón de María es la garantía de vivir amando al Señor, compenetrados con El, modelados por su amor maternal. Ella nos enseña a velar por que todos le lleguen a amar. Con María entra en nosotros el deseo de evangelizar con pasión, con ternura, con corazón.

Queridos hermanos todos: unamos nuestros corazones al del Hijo de Dios. Queridas familias: abrid vuestro corazón y entrad en la escuela del verdadero amor, fiel, creativo, paciente, servicial; el Corazón de Cristo es fuente de unidad familiar. Queridos esposos, mirad al Corazón de Jesús para aprender el amor sin condiciones. Queridos jóvenes, con Jesús, vuestro mejor amigo, en la escuela de la vida, creced en el servicio al prójimo, en el amor desinteresado y generoso, en el amor casto que es garantía de fidelidad y fecundidad. Queridos sacerdotes y seminaristas que hemos sido llamados para ser “pastores según su corazón”, dejémonos transformar hasta el fondo por su amor de predilección hasta transparentar en nuestra vida su propio amor entregado sin reserva, amante y solícito para buscar la oveja perdida, para llevar a todos a los verdaderos pastos, a los tesoros de su amor, siendo artífices de reconciliación. Queridos consagrados, religiosos y religiosas, que habéis dejado todo por amor para ser un reclamo en el mundo del tesoro que no pasa nunca: que nada impida la frescura de vuestra consagración. Cuántas de vuestras congregaciones se amparan e inspiran en el Corazón de Jesús y de María para atender a los enfermos, los pobres, la educación, las misiones; sed fieles a vuestro carisma y un testimonio vivo que nos impulse a todos a

amar mejor. Asociaciones, hermandades y cofradías, y movimientos que como laicos debéis ser luz, apóstoles en el mundo: dejad que os empape el amor que nos hace testigos en el mundo y su sal, para confesar la fe y transformar las relaciones sociales y las empresas según el evangelio de Jesús. Cuantos os dedicáis a practicar la caridad, los entregados a la misericordia con los necesitados, a los emigrantes, a los excluidos: suplicad el amor de su corazón para ser otros cristos dispuestos a llevar a todos su ternura, su afecto y atención. Y cuantos padecéis cualquier penuria o dolor en el cuerpo o en el alma, dejad que el bálsamo de su amor consuele vuestro corazón.

Hermanos: que el horno ardiente de amor que es el Corazón de Jesús abraza vuestros corazones os haga participar de la santidad de Dios, de su naturaleza divina, de su paciencia y bondad. Que su amor infinito os llene de júbilo. Que el Rey de amor encienda en nosotros el deseo de su redención y venga a nosotros su reino.

Sagrado Corazón de Jesús, en ti confío. Inmaculado Corazón de María, sé siempre la salvación mía. AMEN.